LA REDADA

Algunas veces, como ahora, mi nombre se me sube desde el vientre a la garganta y se coloca ahí como una bola de carne nauseabunda que quiero vomitar. Me llamo Dieter, Dieter Ivanjus; soy alemán, sin nacionalidad, hijo de madre checa y de padre lituano; nací en Recklinghausen, en la zona de las minas de carbón, donde las nubes bajas, grisis, aplastan el ambiente saturado de colores vegetales, de humos y de hollín, sobre la tierra siempre húmeda.

He paseado todo el día por el puerto de Barcelona, por las calles de los muelles entre los tinglados de color rojizo y entre mar y mar, por los andenes junto a los altos barcos, los yates y barcazas, por el largo espigón que escupe espumarajos salvajes, hasta el faro, mirando siempre la ciudad y el mar. Durante horas no me he llamado ningún nombre ni he sido más que una caja de resonancia. He conseguido mantener a lo largo del día la sensación feliz del amanecer, cuando al salir de la pensión la brisa refrescante y el sol claro e hiriente han despertado mis sentidos, como si fuesen nuevos y mi cuerpo estuviese desnudo, y los colores y las formas, los olores y ruidos me bañaban y yo era una entre las cosas, meciéndome a su ritmo, mientras mi identidad y mi mente, cansados de una noche atormentada, estaban como ausentes.

Por la tarde he tomado un refresco en el kiosko de bebidas. ¡Cuánto me gusta y me consuela contemplar el lago que forma el puerto, en apariencia sin salida, donde los barcos se alimentan y simulan descansar, protegidos por el abrazo de los muelles, pero tirantes la cadena del ancla y la amarra sujeta al noray! Me produce una viva comezón viajera este espectáculo: el hormigueo de las figurillas humanas entre las grandes moles de los barcos, las fábricas, los tinglados y las torres metálicas; el movimiento lento, acompasado, de la enramada desnuda de mástiles, de jarcias y de grúas, que se recorta en la profunda transparencia del cielo; y el agua oscura, a veces negra, cuya piel arrugada baila constantemente y que en su balanceo hace guiños de luz mate o violenta, ansiosa por salir de este encierro, sucio como un corral, y correr limpia en olas amplias, libre.

Romper amarras y marchar. Siempre adelante, buscar en el espacio siempre nuevo el presente, la virginidad de las sorpresas, de-

jando atrás, usados y olvidados, la latitud y el tiempo. Un camino sin huellas, como son los caminos del mar.

Este que me acompaña es un marino norteamericano. Se me ha juntado a última hora de la tarde en la calle del Arco del Teatro, en el barrio del puerto. Bebía una cazalla, acodado en la barra de un bar y me grita en inglés: «¡Eh, chico, ven aquí!» Me gusta que me llamen los desconocidos, los que no me conocen, beber y hablar con ellos. Le sonrío, me invita, tomo el pequeño vaso que me ofrece y sigo sin ser nadie, feliz, sin recordar mi nombre. Pero al cabo de un rato, cuando llevamos apuradas tres cazallas en silencio, me pregunta por mí, quién soy, qué hago, adónde voy, y el pasado y mi nombre se me suben con asco a la garganta. Ya no me acuerdo de mi último trabajo, hace más de dos años. Lo pienso con disgusto, mi memoria funciona muy despacio, estoy como dormido y disgregado; pero ya la tormenta del recuerdo se concentra en algún punto de mi ser nebuloso que comienza a encogerse. Fui un tiempo carpintero en Essen... Pero ¡qué importa!, ¿qué interés puede tener para el marino lo que hice antes, lo que hago ahora?

Precipitadamente me despido con un gesto brusco de la mano, que es de agradecimiento, y a la vez un intento de espantar los recuerdos de los que siempre huyo, como un golpe de remo que me aleja del pasado, y me adentro por la calle estrecha y sucia cuando ya el cielo ha desaparecido, negro, y paso entre los bares y locales nocturnos, de luces artificiales como flores de plástico, desde cuyo interior llegan músicas violentas que los clientes subrayan con certeras palmadas de ritmo irregular, con ayes de tristeza y con el contoneo popular y elegante de sus cuerpos delgados y afectados. Ando despacio, procurando diluir la solidez de mi conciencia y los grumos dolorosos de memoria, y convertirme en gas. Y así me hundo de nuevo en el olvido, reclamado por las voces, por el hedor de las basuras húmedas, por los hombres y mujeres que pasan como sombras. Pero inconscientemente percibo un aleteo que me sigue, y luego pasos cerca, intencionados.

Me llamo Dieter Ivanjus. Y este que me acompaña es un marino norteamericano. Me sigue con la obstinación de las gaviotas a los barcos. Tiene la cabeza achatada, la nariz curva y la dura expresión de las gaviotas, y mueve con la misma tenacidad los remos de sus brazos, preguntando quién soy, de dónde vengo, lo que hago. En el fondo de un bar veo al viejo piloto de barco mercante, sentado como ayer entre la prostituta retirada y el limpiabotas, que me invitó a beber y me contó sus andanzas por Hamburgo. Pero el marino norteamericano, con sus preguntas, me distrae de entrar a saludarles.

A mí me gustaría que el marino me hablase de sus viajes con la Armada, de los Mares del Sur, de Singapur, de Filipinas; que me enseñase una canción vietnamita o malaya, o un juego japonés, o un baile de Corea. Pero él me sigue preguntando quién soy, y el nombre se me sube como una bola a la garganta.

Se extraña de mi nombre, que a mí mismo ya me parece extraño. No soy bastante fuerte para ahuyentar al marino con un grito. Y he de explicarle que mi padre escapó de Lituania y se quedó sin nacionalidad; que se casó con mi madre, en el cuarenta y siete, a las pocas semanas de haber huido ella de Checoslovaquia. Que yo nací en el cincuenta y tres y tengo veintidós años.

El se hace el asombrado, dice que no me cree, y yo no tengo papeles para demostrarlo. Yo tenía hasta hace poco un salvoconducto donde constaba mi nombre y la nota: «Sin nacionalidad». Pero me lo robaron la otra noche, cuando recién llegado a Barcelona dormía al aire libre en el Parque de Montjuich. Me lo robaron con todas mis cosas, cuando yo había olvidado casi totalmente quién era, y no eché en falta más que mi navaja, un jersey de cuello alto y algunas herramientas.

La gaviota continúa a mi lado, cena conmigo en la taberna donde como cada día muy barato, bate las alas obstinadamente y con su curiosidad estúpida me da coces en el aguijón de la memoria. Veo pasar por la pantalla del recuerdo escenas de mi casa, cada noche repetidas, desde que tengo uso de razón. Mi padre vuelve del trabajo y se sienta en el viejo sillón de cuero con los ojos cerrados, durante más de una hora, fumando. Mi madre, que se ha pasado todo el día bebiendo coñac ante el televisor, corre hacia él, como una niña que ha roto un vaso, culpable, temerosa y necesitada de cariño, pero queda clavada a dos pasos del sillón de mi padre, paralizada por la barrera de su silencio. Y mi padre no abre los ojos por nada del mundo. Y ella se queda allí unos minutos, empequeñecido su cuerpo grande, soltando unos quejidos suaves y lastimeros de cachorro que busca amparo. Y luego anda de un lado para otro, perseguida por los fantasmas de su culpa y sus deseos. A cada dos por tres se cae, arrastrando consigo las sillas, hiriéndose la frente y las rodillas, pero mi padre no se inmuta, le impone el eterno castigo de su respiración acompasada, de sus párpados relajados sobre los ojos, del espaciado fumar de la pipa. Y ella acaba dando vueltas en torno de él, con un murmullo de palabras incomprensibles en su boca deformada, gira en torno del silencio de mi padre, como una mariposa alrededor de la luz. Por fin él se levanta y, sin mirarla, va a sentarse a la mesa. Coloca los fuertes antebrazos en el borde,

en una mano empuña erguido el cuchillo; en la otra, el tenedor. Su cabeza de hierro, con el pelo cortado al cepillo, no se mueve ni un milímetro, los ojos fijos en el plato, esperando que éste se llene. Devora la comida con parsimonia exasperante, masticando los bocados con la boca abierta, al ritmo de un soldado que marca el paso de la oca. Desde que tuve uso de razón quería abandonarles, escapar de la pasividad acusadora de mi padre, de la pegajosa dependencia de mi madre, y viajar para siempre.

Pero este que me acompaña, batiendo alas con obstinación de gaviota, me pregunta. Siente sin duda añoranza de la casa de sus padres en Michigan o en donde sea. Quiere que yo recuerde mi historia para contar después la suya, tal vez para vivir conmigo un viaje imaginario de regreso al hogar. Pero yo voy por el mundo como una barca a la deriva, borrando huellas y mirando el mar, sin pensar nunca en el puerto de salida ni en el de llegada. Y él me sigue, como gaviota impertinente, como la cuerda interminable de un ancora clavada en mi pasado y en mi identidad.

Al final de la calle del Arco del Teatro una pareja de la policía nos cierra el paso al Paralelo. Con sus fusiles nos conminan a retroceder sin decir ni una palabra. Intentamos salir del Barrio Chino por las calles paralelas, pero cada salida está cerrada.

Cuando volvemos hacia atrás, hacia la Rambla, vemos llegar un cordón de policías que barren, como un rastrillo, las calles, deteniendo a sospechosos. No tenemos ninguna escapatoria. Otros grupos armados van acercándose por las laterales, estrechando el espacio libre para los movimientos. Mi nombre se endurece como una bola de hierro en la garganta. Pero al marino norteamericano se le ilumina el rostro de gaviota. Balbucea unas sílabas, despacio, como si las degustase, y luego dice en voz alta: «I am Lewis D. Alexander, of the United States of America.» Está feliz. Se nota que le gusta su nombre. Lo podrá decir ahora y repetirlo en la comisaría. Podrá explicar su historia y la historia de sus padres y de su casa junto al lago de Michigan. Está borracho y espera darle rienda suelta a la lengua, toda la noche, contando sus recuerdos, identificándose, enseñando documentos y fotografías. Saldrán de su cartera retratos de la madre, de la abuela y del caballo, de la hermana columpiándose en el jardín, de la bonita novia en traje de baño, del padre construyendo una maqueta del Vanguard.

Pero yo no tengo ni papeles ni fotografías. Lo único que conservo es este chaquetón de piel de cabra que me cosí yo mismo. Y en los bolsillos del pantalón llevo unas cuantas monedas que hago sonar cuando me abruman los recuerdos, cuando las repetidas escenas

de mi casa se repiten en los espejos enfrentados de mi memoria, siguiéndome como gaviotas de rostros antipáticos y temibles, batiendo alas incansables.

Ya nos paran. El marino norteamericano dice su nombre, primero entero, después descomponiéndolo en sílabas, con voz clara, estudiada, mientras saca la gruesa cartera. Estudian un momento su documentación y le dan vía libre, con un saludo, hacia la Rambla. Veo cómo se marcha, sorprendido y desilusionado, y luego empieza a volar sin objetivo, inquieto, planeando por la calle desierta. Le imagino perdido, avizorando alguna nueva presa con nombre y con recuerdos.

Después escucho las preguntas breves, secas, en castellano, que no comprendo, aunque sé lo que quieren de mí. Devolverme a mi ser y a mi historia. Yo no contesto y me detienen con un grupo de hombres y mujeres miserables que esconden la cabeza y la mirada bajo el peso insoportable de su identidad. Y al marchar en tropel hacia las furgonetas grises, contemplo tristemente el camino de la huida, que se va cerrando y cerrando, a medida que se me marca el nombre en la mente con un hierro de fuego.

JOSE MARIA CARANDELL

Plaza Letamendi, 25
BARCELONA-7